



PENSAMIENTO BALDÍO

CATERINA VITERBO GUTIÉRREZ

ARTISTA INDEPENDIENTE

caterinaenator@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.36677/eot.voi18.24479>

*Este texto lo escribo desde la asfixia que me provoca
el sistema capitalista y todos sus disfraces.*

Los recuerdos que tengo de los espacios baldíos que recorrí en mi infancia y adolescencia son muy vívidos y detallados, quedaron grabados en mi cuerpo, me mostraron un mundo diverso y enigmático, y con el tiempo se han convertido en referencia importante emocional, sensorial y epistémica, que desde un impulso interior deseo invocar. Los baldíos han despertado en mí una curiosidad por los procesos vivos.

Estos espacios, desde siempre, me han revelado una posibilidad de cercanía con lo que llamamos “naturaleza” y sus tejidos conectivos —gracias a ellos pude comprobar que parques y jardines urbanos en su asepsia, diseño, control, separación y subordinación desde lo humano, no son refugio, ni hogar para la regeneración de especies nativas, pues no hay ciclicidad ni sintropía, por el contrario, ocasionan una exclusión radical de lo endémico y solo funcionan como decoración utilitaria dentro del ordenamiento urbano—.

Soy de ciudad y mi infancia la crecí en un fraccionamiento o “colonia” tipo suburbio; territorio colonizado por nacientes consorcios inmobiliarios, que se estaban haciendo de extensos terrenos desde mediados de la década de los 40, para cambiar la configuración de ciudad, rodeada de pueblos y caseríos, a ciudad de ciudades. En la década de los 70, hasta los 80, estos desarrollos tuvieron un auge y masificación exponencial para acercar un bocado del *American Way of Life* a las zonas circundantes —ahora conurbadas de la Ciudad de México—. Ejemplos de esto son: Ciudad Satélite, Lomas Verdes, Las Alamedas,

Las Arboledas, Echegaray, etcétera. Tres o cuatro modelos de casas pintadas con colores similares, enfiladas con cocheras para dos autos, espacio para setos, jardín frontal y trasero, cuarto de servicio, cisterna y espacio incluso para perro y buzón. Las podías visualizar en los folletos que entregaban a la entrada de la “casa muestra”, que en su interior encontrabas las maquetas ilustrativas de cartón batería cubiertas con capelos de acrílicos hechos a la medida y planos flamantemente presentados para enunciar un futuro que sonaba “prometedor”, y sobre todo “planificado”, como un combo hecho en el cielo de los creyentes. Estos desarrollos anunciaban junto con las zonas industriales y de negocios de Naucalpan, Tlalnepantla, Atizapán, Ecatepec y más tarde Cuautitlán Izcalli, con sus *malls* llenos de oferta de moda —aún no tan rápida y esparcimiento a la carta—, la promesa de solución a las dificultades de la vida moderna: circulación, abasto, empleo, educación, pero sobre todo entretenimiento, la panacea prometida a la adolescente clase media mexicana.

En estos suburbios, que vi crecer y conflictuarse junto con mis edades, los baldíos empezaron a surgir; entre más terrenos comprados y cercados, más baldíos acotados, menos territorio en continuidad. Al principio eran manzanas enteras esperando ser ocupadas para después, como cobija hecha con retazos, empezarse a fragmentar e incomunicar, viéndose reemplazados por bloques de casas despreocupadas por lo común. Volcadas hacia dentro, invitaban a guardar subjetividades individualizadas, desconfiadas y miedosas.

Lo que no podíamos vislumbrar claramente en esos momentos era que lo mismo que le iba ocurriendo al territorio, le iba ocurriendo a lxs cuerpxs y a sus subjetividades, ya que esta fragmentación o división en fracciones del territorio, acotaba también tejidos colectivos posibles y sus sentidos de comunidad o al menos de continuidad. Se iba esbozando en estas zonas, con el cambio de ruralidad a urbanidad, un fenómeno —que ya se venía anunciando desde las películas de Steven Spielberg en que se retrataban los suburbios gringos—, la individualidad moderna y el encumbramiento del “yo” y sus deseos pre-condicionados desde los aparatos publicitarios del capitalismo —tan necesarios para perfilar en el imaginario de las subjetividades la joven sociedad de consumo—.

Los baldíos, desde la visión estructural sistémica de orden urbanístico, son considerados espacios vacíos, inútiles, yermos y estériles, que no aportan nada a la configuración de la lógica utilitaria citadina en la que toda área, territorio, cuerpo, tiempo o pensamiento, deben ser ocupados para servir, producir, vender o guardar algo. Por lo tanto, los baldíos no son considerados contenedores ni contenidos, su utilidad es futura, están a la espera de ser producto. Son territorios secuestrados que, por su indefinición dentro de la lógica capitalista, no son significados como espacios siquiera, son hoyos negros en la estructura de la urbe. Asignados como tales en el momento en que el territorio circundante se ve acotado, medido, cercado y determinado a una utilidad, ahí inicia su existencia como baldío por oposición a todo lo que le rodea. Tiene una identidad subordinada a la identidad dominante de una calle, una avenida, un fraccionamiento, una plaza. No tiene ubicación



ni número y, al negársele la continuidad con respecto al resto del entorno, se invalida su existencia, y, por lo tanto, su valor en el continuo espacio de vida y territorio.

Al ser pensados como vacíos muchos baldíos son convertidos en basureros cuando el habitante de la ciudad lo descarta y lo convierte en espacio residual, carente de agencia, independencia y significado, configurando una discontinuidad ética selectiva —similar a la clasificación de los humanos en géneros, razas y clases, que coloca a ciertos cuerpxs en privilegio de ser visibilizadxs y cuidadxs y otros no. Este proceso se trasladó a zonas marginales de las ciudades que son consideradas baldíos cuando son invadidos por “paracaidistas”. Las mismas palabras, “invasión” y “paracaidismo” enuncian un estatuto de irregularidad en el sistema. Los paracaidistas no son considerados siquiera migrantes, se cree que en su movilidad pierden su identidad, y por lo tanto agencia. Es como si vinieran de un no lugar, una negación para caer en otra; el sistema los traduce como contenido irregular y temporal. Un habitante de un baldío también es baldío, es decir, invisible. Y esto tiene relación directa con la concepción occidental colonizadora de naturaleza, pues el baldío tampoco es visto como “naturaleza”, la cual solo es tomada en cuenta como tal cuando se encuentra en estado de “pureza”, es decir, lejos de la mano humana.

Dejar de ser baldío implica que el espacio pase a ser “legalmente propiedad de alguien”, lo vuelva suyo, entonces ese alguien le disponga una utilidad. Desde el antropocentrismo y el especismo, la naturaleza se concibe y se fragmenta en unidades fácilmente intercambiables, se articulan como reemplazables, no necesariamente indispensables. No se concibe a la naturaleza en el centro de su propio devenir existencial, se tiende a creer que es un subproducto de la lógica mercantil que puede ser controlada y colocada como “recurso”. Esta palabra, que ahora se complementa como: “recursos naturales”, resulta de la comodidad necesaria para “hacerse de”. Lo que ha acelerado el apropiacionismo y las prácticas de despojo, que desde la idea de que solo “ciertos humanos” son los únicos seres vivos con consciencia, inteligencia y, por lo tanto, seres sintientes. Ocurre lo mismo con la apropiación y exclusión que se hace de lxs cuerpxs minorizadxs, feminizadxs y racializadxs; sus existencias pueden ser utilizadas a antojo como “recurso humano” intercambiable, reemplazable, no necesariamente indispensable.

NIÑA BALDÍA

Empecé a recorrer baldíos a muy corta edad, una vez que llegamos a “Las Alamedas”¹ en Atizapán de Zaragoza, después de haber vivido unos años en un departamento en la colonia Portales. El trabajo de mi papá como arquitecto en la primera compañía de

1 Los nombres que se les daba a los fraccionamientos o colonias en aquella época nunca enuncian características pertenecientes al territorio. En “Las Alamedas” había pirules y eucaliptos en lugar de álamos.



prefabricados arquitectónicos PRETECSA provocó la mudanza. Los baldíos me atraieron de inmediato, me parecían lugares a destiempo, arcaicos y salvajes, vivos e indescifrables, despreocupados por las cercas impuestas, los muros y banquetas.

Los baldíos albergan miles de huéspedes: abejas, colibríes y saltamontes, que me mostraron lo que significa conquistar espacio y sustento en el tiempo. Me fascinaban las músicas minúsculas que se mezclaban con los olores de las distintas flores, hierbas y arbustos, que sin nombre crecían a la mirada de nadie cerca de alguna bolsa de putrefacción que la humedad, humus, bacterias y hongos ayudaban a procesar. En ellos conocí por primera vez lo diminuto, mariquitas, saltamontes, luciérnagas, babosas, caras de niño, mayates, escarabajos, ranas, lagartijas, cigarras... Aprendí a diferenciar polillas de mariposas; observé variedad de diseños de telarañas; pude reconocer y sentirme parte del incansable gesto vincular que constantemente se actualizaba ahí.

Era un cambio profundamente sensible el pasar frente un baldío, y sentir los brazos descontrolados de los pastos, borrajas, hiedras y tepozanes romper las lógicas urbanas y extenderse sobre las banquetas para obligar a los peatones a cambiar el rumbo o bajar a la calle y ver que debajo de las planchas de concreto levantadas se asomaban rompiendo, hierbas ruderales, hijas del baldío. Los miraba impávida con mi uniforme azul, blanco y rojo, y mis zapatos boleados, desde las recién estrenadas banquetas, haciendo caso a las voces que decían “están llenos de bichos”, “hay ratas ahí”, “te vas a ensuciar”, “te van a picotear toda”, “solo hay cascajo”, “huele a orines” —todas, como comprobaría más tarde, aseveraciones ciertas—. Luego entraba con el pretexto de recoger alguna pelota mal lanzada que automáticamente se perdía entre sendos matorrales, y que me forzaba a hacer una búsqueda que se convertía en aventura sensorial; otras, ya más confiada, guiada por absoluta curiosidad para jugar e imaginar entre sonidos mezclados de cigarras, y escarabajos, telas de araña fabricadas en llantas abandonadas, charcas llenas de renacuajos y pequeñas semillas de verbenas y mozotes que se iban adhiriendo a mi ropa o se enredaban en mi cabello; tramar una historia en un mundo de otras dimensiones que atrapaba mi atención y mis sentidos.

En los baldíos de mi infancia pude sentir algo similar a un sumergimiento en un fenómeno de flujo, donde nada está quieto, mi cuerpo se veía inmerso y participaba en una continuidad vibrante del mundo en su totalidad. En horas de escuela, mi mente conjuraba un pensamiento baldío en el que dejaba de sentir mis piernas que se volvían patas y me daban las fuerzas para saltar treinta veces mi altura para atrapar un insecto que crujía al morderlo. Sentía las alas que me crecían y al vuelo me acercaban a los pistilos de flores abiertas al sol para absorberlos con mi espiritrompa enrollada; huía de la persecución de un pájaro que aburrido me dejaba continuar; pegaba mis huevecillos en el anverso de alguna hoja aún húmeda de rocío que permitiría dar continuidad a mi especie, o secretaba mientras tejía una brillante red para atrapar mis alimentos.



Mi baldío favorito en “Las Alamedas”, era uno en el que de finales de agosto a noviembre se llenaba de acahuals, cosmos blancos y lilas. En esa época no sabía su nombre, igual no importaba, así sin nombre, los sentía cercanos, parte de mí —eran casi de mi tamaño, niña de nueve años—. Disfrutaba abrirme camino entre ellos y verlos volver a su sitio a mi paso, como si fueran cerrando sus puertas, permitiéndome entrar a su reino para estar con ellos, o como si me engulleran ciñéndose a mi cuerpo, haciendo que me confundiera con sus tallos, ramas y flores. Estando ahí, el zumbido de las abejas se intensificaba hasta volverse un abrazo. Siempre sentí que me sentían, quiero creer que siempre sintieron que les sentía. Ahora en ese baldío de mi memoria está el estacionamiento de un Walmart, un bufete chino donde la gente se forma por arroz y un Office Max. En las juntas de las banquetas de agosto a noviembre aún se asoman insistentes algunos cosmos que los empleados de limpia no tardan en cortar y barrer.

PENSAMIENTO BALDÍO

En mi mente habita un baldío que, mientras lo recorro, desaparece.

Para una ciudadina como yo, que creció entre bloques de concreto, pavimento de chapopote, parques de juegos de hierro oxidado y estacionamientos repletos, y que no encuentra en la urbe-ciudad un lugar desde donde sentir-se parte de lo vivo, evocar el baldío como metáfora y dispositivo de resistencia me sirve como especulación imaginativa para un tipo de rebeldía posible en medio de la ciudad. Representa un fragmento de intensidad de lo simultáneo, metáfora que esboza la voz de los cuerpos y los pensamientos cercados desde el sistema que solo nos permite ver al capital y sus espejismos; cuerpos, fenómenos y pensamientos que siempre serán “otros”, aquellos que no encuentran fuga y salida. El baldío irrumpe con insistencia ante la terquedad humana de dar atributos específicos diferenciados a las cosas, los seres y los fenómenos, ya sea desde el contraste, la descripción o el binarismo.

Contrario a lo que se cree, la resistencia del baldío estriba en que no es un lugar, sino tiempo, proceso y memoria en constante activación. Donde hay un baldío, en sus profundidades y humores, hay restos guardados de un bosque, una selva, un pastizal, un humedal, un lago, un río o un mar. El baldío en su despreocupada insistencia, sigue articulando ramas de vida al ser refugio y alimento de muchas especies que el hombre común preferiría rociar con Raid, por eso el desespero que le provoca su existencia, pues le recuerda que la naturaleza le antecede y que en ella es oxidación, degradación, estiércol, humedad, arcilla, humus, pero también responsabilidad de sustento y vida.

Los baldíos en la ciudad posibilitan la comunicación y flujo entre especies en caminos de roce, vuelo, excavación y fricción que tejen encuentros y relevos polinizantes y



compostantes que se enredan superando los límites urbanos de un terreno a otro permitiendo que en la ciudad encontremos diversidad y vida. En los baldíos, igual puedes encontrar un zapato lleno de insectos, un trozo de construcción abrazada por musgo, campanillas que se tuercen para buscar un cable donde trepar, tepozanes que encontraron en un bulto de grava un lugar donde enraizar. El baldío muestra la fuerza de lo que persiste en las inmediaciones del tiempo humano y el cósmico, lo que habita y posibilita no solo los procesos inherentes de todo lo que colabora en su función, sino que incorpora todo fenómeno, propio y ajeno, para procesar lo vivo, lo muerto y lo que se fabricó como descartable, qué para la ciclicidad de la vida, nada lo es. Los imagino, no como un mapa sino como espacios móviles que vibran en ritmos de cruces y amarres, podemos observar por momentos algunas de sus mutaciones, pero ciertamente nuestra capacidad de concentración no es tan amplia ni tan nítida como para captar su totalidad, que siempre se dirige a completar fracturas. Su hacer es el hacer de la naturaleza acoplada y, aunque fraccionada, en sus comunidades arma caminos atmosféricos y subterráneos para mantenerse en simbiosis.

En esta simultaneidad hibridada de pluralidad de acciones, podemos leer que la latencia de lo vivo tiene la capacidad de incorporar todo lo que se encuentra en su interior y lo que lo circunda mucho más rápido de lo que la ciencia puede medir y pensar. En un baldío, los seres y sus procesos indefinibles forman urdimbres complejas y silenciosas, que solo la certidumbre de un conocimiento de vida que late desde un interior muy antiguo y compartido puede lograr. En estos lugares-tiempo, los procesos de vida parecen muy accidentados y erróneos para la racionalidad humana —por eso me interesan como inspiración constitutiva y estética y como ruta de escape—. Sus ritmos llevan a cabo desarrollos activos de lo que ahora mal llaman “restauración”, pensando que la naturaleza nos brinda un servicio. Y es que con mucha facilidad se habla de los ecosistemas y de su necesidad de ser “restaurados”, siguiendo patrones de ceguera antropocéntrica que por principio iniciaron todas las fracturas, atrofas y escasez, y que ahora se disfrazan como “sostenibilidad ambiental” o “desarrollo sostenible” que el sistema ahora nos ofrece como productos para consumo. Ejemplos cercanos son las experiencias llamadas de “turismo consciente”, el “consumo orgánico” y la “vida verde” —espejismos tranquilizadores de las prácticas de neoliberalización de la naturaleza—.

Permitir que nuestxs cuerpxs se activen como baldíos en el pensamiento y la acción representaría una amenaza al sistema, pues significaría abrirse a ser fecundadx y nutridxs por formas de accionar, mutar y transfigurar en franca rebeldía, en encuentros accidentales y no en la precondition. La franqueza de esta rebeldía estriba en la atención que requiere mantenernos móviles y solidarixs frente a procesos que nos enseñaron como incómodos, burdos, irracionales, corpóreos, sucios e infecciosos, en oposición a posturas rígidas y convencionales que solo nos dejan en el límite de la supervivencia, en el extremo de la acumulación, fuera de los procesos de lo vivo y en un bucle que se reitera en el mismo lugar.

Imaginar un pensamiento baldío es poder defender las zonas oscuras, silenciadas, previas al lenguaje y al pensamiento donde nada fue ordenado y donde podemos evocar inicios ya



avanzados desde los límites, urdir y tejer como los baldíos en fracciones ampliadas las necesidades colaborativas de mutualidad y reconocimiento de aquellxs que excludxs van en busca de llenura de vida.

Poder ser vida en colisión continua con-entre la memoria elemental y la materia que la corporiza, describir un retorno al origen más cercano, tal vez no recordado, no reconocido. Nos habla de lo que alguna vez fue el territorio-cuerpo en su fluir, que aunque fragmentado en baldío, guarda en su interior la potencia y fuerza para ejercer acción continua de actualizarse y actualizar todo alrededor en relaciones y encuentros con los restos de lo que fueron acciones geológicas, fúngicas, vegetales, animales y humanas que el baldío mezcla en silencio y sin oposición y que con ternura de micelio regresan a ser principio-humus.

El pensamiento baldío en el arte puede observar cuál es el contenido que se evade, devela lo que no es sentido, observa lo que desea permanecer invisible, y principalmente apunta al secuestro continuo de las fuerzas de la vida. La subjetividad silvestre se está viendo acosada y los baldíos son espacios fragmentados en donde explota la necesidad de lo que nació libre, en muchos lugares son los baldíos los últimos espacios que nos quedan para defender la vigencia de la indefinición y la mezclanza.

Es importante que la indefinición sea defendida y liberada de sus ataduras conceptuales, pues es lo que nos permite reconocer el corto alcance que tiene el pensamiento humano y asumir de una vez todo lo que simplemente no estamos en capacidad de conocer, pero sí de sentir e intuir. Tenemos más zonas oscuras en el pensamiento que áreas llanas de claridad, así como en el universo que la materia oscura abarca el 94 % del cosmos, y solo es físicamente visible y reconocible el 6% restante —incluyéndonos a nosotrxs humanxs y nuestros andares—. Cabe admitir que muchos procesos y elementos deben permanecer indefinibles, híbridos y a oscuras, dará la holgura para soltar el control y sembrar en nuestro tiempo corporal la confianza y la mutualidad para convertirlo acción creativa, como los hongos que surgen desde un profundo invisible, en tiempo húmedo para sanar, reparar y tejer muchas respuestas subversivas no direccionadas sino torrenciales. El baldío me ha enseñado a pensar que lo que llamamos civilización es realmente un residuo en constante autofagia, que sus deshechos y remanentes serán eventualmente devorados por la acción fluida de la humedad, la maleza, el humus, las bacterias y los hongos, nada se escapa en el tiempo de la ciclicidad.

Agosto de 2024.



